

VERDAGUER, POETA MÍSTICO

Son tantos los aspectos de la obra prodigiosa de Mn. Jacinto Verdaguer, tantas las facetas de un diamante de tal magnitud, tantos los colores del iris de su poesía sublime, tantos los acentos de su lira mágica, tantas las variedades de su parnásica flora, que un enamorado del poeta no sabe en que faceta iluminarse, ni en que color teñirse, ni con que acento emocionarse, ni con que flor recrearse, porque todas sus facetas son brillantes y todos sus colores son atractivos y todos sus acentos son conmovedores y todas sus flores son perfumadas.

Compuso epopeyas cuando se creía imposible la epopeya; epopeyas que a nadie imitan, ni a Homero, ni a Virgilio, ni al Dante, ni a Taso, ni a Milton; epopeyas que no vació en moldes clásicos, ni neoclásicos, ni románticos; epopeyas originales que maravillaron y asombraron al mundo. Creó la materia y el troquel.

Así fué Verdaguer, cuando de la lira de Calíope, pulsada con maestra mano, arrancó cascadas de inspiración que cristalizan en versos heroicos insuperables para levantar los altos monumentos de la primera epopeya de España y de la primera epopeya de Cataluña.

Verdaguer acababa de llenar de estupor con su Atlántida, cuando dió a luz la colección de «*Idilis i Cants Místics*», superior, a juicio de Menéndez y Pelayo, a su poema heroico. El épico había pasado a lírico con el primer eslabón de una cadena de otros poemas que brotarán de su pluma encantadora y con la primera perla de una sarta de místicos arranques, sublimación de las cuerdas de su lira aptas para todos los colores del pensamiento, y todos los matices del sentimiento y todos los tonos del alma.

Su misticismo es su gloria más excelsa, porque si la «Atlántida» revela al genio y «Canigó» al poeta, y otras obras épico-líricas al ciudadano patriota, sus poesías místicas descubren al sacerdote, encendido en el fuego del amor de Dios prendiendo su llama en los pechos, verdadero apóstol del evangelio de Cristo, cuyos poemas e himnos hechos sermones, han resonado por todas las catedrales, templos, santuarios, capillas, plazas y calles del pueblo.

Que Verdaguer, al escribir poesía mística y devota intentó un apostolado, lo demuestra en la dedicatoria de «*Veus del Bon Pastor*» y en el prólogo de «*Al Cel*», donde además expone los efectos regeneradores de la poesía mística al lamentarse de la falta de poetas que sepan beber en sus fuentes puras e inagotables. Verdaguer fué místico, porque de místico tenía el alma y porque conocía la trascendencia de la mística en el mundo.

Las fuentes en que bebió el licor dulce del amor de Dios, él mismo las descubre al enumerarlas: «*Acta Sanctorum*», «*Imitación de Cristo*», Ramón Llull, Visiones de Santa Gertrudis y Santa Teresa, el «*Cantar de los Cantares*», la Eucaristía, etc... Pero las fuentes principales de la mística verdagueriana pueden disponerse en este orden decreciente: «*Cantar de los Cantares*» Ramón Llull y San Juan de la

Cruz. La primera obra mística del poeta, la más representativa y perfecta, contiene nueve composiciones que tienen por lema versículos del «Cantar de los Cantares», seis tomadas de Llull y dos de San Juan de la Cruz.

El «Cantar de los Cantares» fué su libro preferido. Llevado de su ideal místico, para comprender mejor el sagrado manantial donde han tenido que beber todos los amantes del amor divino, en su viaje a la Tierra santificada por las plantas de los pies de Cristo, por dos veces, una con los demás peregrinos y otra completamente solo, visitó con extrema ilusión de su alma los vergeles de Oved-Ourthas, encantador lugar de los idilios salomónicos, perfumado por las flores del huerto cerrado y refrescado por las aguas de la fuente sellada, tan admirablemente descrito con sus íntimas impresiones.

Verdaguer estaba saturado de la lectura del breviario del amor y bien preparado para la visita a los jardines de Salomón que causaron en su ánimo de místico una impresión indeleble. Sabiendo por otra parte que *la millor poesia mística que s'ha escrit és la que ha imitat més d'aprop... el Càntic dels Càntics*, es natural que se inspirara, como en la fuente principal de la cual todas las demás son ramificaciones en *el sagrat poema de l'amor diví, el més poètic, el més suau i el més dolç de tots els llibres*.

El segundo lugar lo ocupa sin duda alguna el simpático ermitaño de Miramar, el que, cuando trocò por el divino el amor humano que cantara en sus años juveniles de amante trovador fué el apóstol incansable del amor de Dios, centro de sus obras innumerables y de sus actividades grandiosas.

Su «Llibre de l'Amic i l'Amat», saturado de espíritu franciscano, repleto de imágenes realistas, es un tesoro escondido que pocos han hallado, una ruina enterrada que pocos han penetrado y huerto de riquísimos frutos que pocos han descortezado. Verdaguer lo conoció y lo amó más que todo otro libro y autor meramente humano: *trobi un nou sentit i una sabor mística superior a la de tots els llibres escrits per la mà de l'home. Fora dels Llibres Sagrats, jo no recordo haver llegit poesia mística més alta i que entrés més sobiranament esbalaïdora i lluminosa en la meua ànima*. Se lamenta del olvido indigno en que es tenida tal joya.

Devoto ferviente de Llull y de su poema místico, deseaba con vivas ansias Verdaguer conocer los lugares donde había sido concebido, y una noche de 1884 llamó emocionado a las puertas de la ermita de Miramar, recreándose durante varios días en los lugares lulianos en donde: *els pensaments en prosa que havia llegit... anaven prenent tot rodolant pels recons de la memòria, el fullatge del vers i la girada i l'aire de la poesia*.

Quince meses más tarde, en el retiro de Vallcarca a donde fué con una estampa del beato y con su obra preferida, por libro de meditaciones, acabó el florilegio o glosario empezado en Miramar y titulado «Perles del Llibre de l'Amic i de l'Amat»; florilegio porque muchas de sus composiciones sólo se diferencian del original en el verso, glosario porque otras lo glosan o comentan.

Además Verdaguer conoció a fondo a San Juan de la Cruz, como conoció a todos los grandes líricos del siglo de oro. Endulzó su lengua en los panales del «Cántico espiritual», y encendió su corazón en el fuego de la llama de amor viva. Sabía de memoria las estrofas divinas de «Canciones entre el alma y el Esposo»; las saboreó, glosó y comentó.

Verdaguer dijo del gran místico español: *jo no conec altre místic que se li*

pugui comparar, com visitador o hoste de l'hoit conclusus. Sin negar la influencia que sobre su mística pudieron ejercer y ejercieron realmente los poetas españoles, de una manera especial Fray Luis de León y San Juan de la Cruz, no tenía necesidad alguna de beber en estas fuentes secundarias conociendo muy bien el lugar donde brotaba la principal. No se contentó con ecos, por más fielmente que resonaran, sabía donde estaba colgada el arpa de las armonías angélicas; no se sentía satisfecho con los frutos que otro le alcanzara del árbol siempre fecundo; quería cogérselos él mismo que no ignoraba donde hundía en el suelo sus raíces.

La obra mística de Verdaguer inspirada principalmente en estas tres fuentes, se divide en dos periodos precisamente definidos, separados por la fecha de 1894. El primero comprende de la poesía mística que escribió el poeta cuando la claridad de la luz inundaba su pensamiento y la paz reinaba en su corazón, contenida en: «Idilis», «Montserrat», «Caritat», «Lo somni de Sant Joan», «Jesús Infant» y «Roser de tot l'any». El segundo abarca los poemas que compuso cuando espesas tinieblas obscurcieron su inteligencia y los pesares turbaron la tranquilidad de su espíritu: «Sant Francesc», «Flors del Calvari», «Flors de Maria» y «Al Cel».

En el primer periodo la mística de Verdaguer es dulce como los amores, tranquila como las aguas quietas de un lago, arrebataadora como el carro de fuego del profeta. Su máxima manifestación está en «Idilis i Cants Místics», verdadera *toia d'oloroses flors que han obert llurs fulles en un jardí que els serafins habiten*, según frase de Milá y Fontanals. El segundo lugar quizá lo ocupe «Roser de tot l'any» que contiene *les obres més exquisides, més personals i més fortes d'en Verdaguer*, según Manuel de Montoliu.

En el segundo periodo, la mística verdagueriana, salvo algunas composiciones aisladas en que el poeta se remonta como en su edad primera a las alturas del cielo, es agria como los dolores, inquieta como las aguas del mar rizadas por el viento, tristes como las últimas hojas del otoño. El momento culminante de esa poesía se halla en «Flors del Calvari», obra más autobiográfica que poética.

Los elementos esenciales del misticismo de Verdaguer han sido descubiertos y fijados definitivamente por los críticos que los reducen a tres: idealismo franciscano, realismo y el carácter popular.

Orgullosa de ceñir el cordón seráfico, devoto del *Poverello* de Asís, que enseñado por el amor, entendía el lenguaje de los pájaros, de las flores y de las fuentes; admirador del fraile mendicante que abandonó el amor mundano para amar sólo a Dios, y en Dios todas las cosas dando a todas ellas el dulce nombre de hermanas, Verdaguer fué un franciscano metido en una sotana de sacerdote secular, un poeta que pensó, sintió y escribió en franciscano, un poco en los «Idilis» mucho en «Lo somni de Sant Joan», y plenamente en «Roser de tot l'any».

El realismo profundamente bíblico campea en toda su obra mística, y cuando se hermana con el franciscanismo produce maravillas y primores que destacan la inconfundible personalidad del poeta.

Hijo del pueblo, escudriñador infatigable del alma popular palpitante en los usos, decires y tradiciones, no es extraño que su mística esté informada de un tercer elemento esencial y característico: el sentido popular que tienen muchas de sus composiciones, algunas en el fondo y en la forma (Santa Cecilia, Rosalía, La fugida a Egipte, etc.), otras solo en la forma: (Anyorança, L'Arpa, Canç de l'esposa, etc.).

Por la fusión íntima del poeta con el pueblo, dos nuevos géneros literarios vie-

ron la luz del mundo: *la rondalla* devota y la *égliga* mística. *La rondalla* devota, especie de cuento o fábula en romance, de la cual se deduce una moralidad o ejemplo, Verdaguer la resucita de los sépulcros de la edad media pues desde los tiempos medievales no había vuelto a sonar su voz en los aires de la literatura, y abunda en «Montserrat», «Càntics», «Santa Eulàlia», y principalmente en «Jesús infant» que es un tesoro de *rondalles*.

La *égliga* mística, fresco idilio rural, se encuentra en «Idilis», «Càntics», «Roser de tot l'any» y «Jesús infant».

Cuando el franciscanismo, el realismo y el carácter popular concurren todos a una a inflamar la inspiración del poeta, éste crea sus obras capitales como «La mort de l'escolà», cristal arquetípico de la poesía verdagueriana según Montoliu.

A veces mucho retoricismo y un poco de conceptismo empaña alguna de las poesías, pero ante un poeta como Verdaguer hay que repetir con Menéndez y Pelayo que la crítica de pormenor enmudece. Los destellos de su mística son tan deslumbradores para el que sepa apreciarla, que impiden dar importancia a las minúsculas manchas que pueden ensombrecerla.

Verdaguer cierra con su nombre la serie de los grandes poetas místicos que con sus divinos cantos sostienen por más de un siglo la fe de los pueblos cristianos. Cuando los místicos callan, la fe se duerme; cuando cantan, despierta. Místicos faltan en el mundo, más que filósofos y apóstoles; hombres que irradian su espíritu, que no hombres sembradores de materia, que el espíritu es vivo y vivifica y la materia es muerte y mata. Afirma Verdaguer: *Aqueixa branca florida de l'arbre de la poesia, la més divina de totes, la que porta més or del cel en les més armonioses de sos versos, la que naix més amunt i més amunt s'en puja l'ànima, deixant-li saborejar en esta vida alguna gota del càntic nupcial de la glòria, no té cultivadors; es un verger en herba, és una font on gairebé ningú va a pujar.*

Literatura sin místicos es literatura que camina rápidamente a su ocaso: *Les literatures... per falta de l'oli de la fe, enseña Verdaguer, s'apaguen com les llanternes de les verges fàtues de l'Evangelí.*

JUAN COLOM, pbro.

